

La Revolución cubana en el Che

Manuel Monereo

Ensayista. Fundación de Investigaciones Marxistas, España.

Por la noche di una pequeña charla sobre el significado del 26 de julio; rebelión contra las oligarquías y *contra los dogmas revolucionarios*.

Diario del Che en Bolivia.

Es bastante común en los tiempos que corren ensalzar a un Che cada vez más mitificado para, seguidamente, subvalorar sus previsiones estratégicas, sus análisis sobre la realidad latinoamericana y disminuir —cuando no denigrar— su práctica política real. No se defiende aquí una visión acrílica de la práctica y la teoría del Che, sino más bien todo lo contrario: hay que entender su figura en un contexto histórico específico, en unas condiciones nacionales e internacionales determinadas, a las que respondió desde una voluntad revolucionaria y una perspectiva estratégica de inspiración marxista, buscando, con una radicalidad que el paso del tiempo no hace sino acrecentar, una coherencia profunda entre pensamiento y acción, entre teoría y vida.

Hoy es conocido, sobre todo por las biografías y análisis editados en relación con el aniversario 30 de su asesinato,¹ que el Che que sale de Guatemala —después

de la experiencia de Jacobo Arbenz— tiene un proyecto político definido. Durante la etapa guerrillera, y luego del triunfo de la Revolución cubana, este proyecto se corresponde con la izquierda del Movimiento 26 de Julio, tanto en sus aspectos internos como en sus definiciones internacionales. Los conflictos del propio proceso revolucionario, las urgencias dramáticas ante desafíos inéditos para los que se estaba poco o nada preparado, las dimensiones internacionales cada vez más profundas de una revolución que tenía alcances continentales, apenas si dejaban tiempo para la reflexión. Como él decía:

Seguimos caminando mucho más rápido que lo que podemos pensar y estructurar nuestro pensamiento, estamos en un movimiento continuo y la teoría va caminando muy lentamente, tan lentamente que después de escribir en los poquísimos ratos que tengo este manual que le envío, encontré que para Cuba no sirve casi.²

Y concluye un poco más adelante: «Por eso tengo miedo de tratar de describir la ideología del movimiento. Cuando fuera a publicarla, todo el mundo pensaría que es una obra escrita muchos años antes».³

Subrayamos este aspecto porque el pensamiento del Che es todo menos un sistema: se contradice, avanza y

rectifica, reconoce errores y se reafirma en los que considera elementos sustanciales.

La tesis que se va a defender en este trabajo es la siguiente: para el Che, la Revolución cubana abre una etapa histórica a escala continental marcada por la «actualidad de la revolución» en América Latina, y caracterizada por tres elementos básicos: a) la crisis de dominación política y el equilibrio inestable entre las clases, b) el ascenso de la lucha popular y la posibilidad de traducirlas en enfrentamiento político-militar, c) el declive relativo del potencial económico y militar de los Estados Unidos. A estos tres elementos habría que añadir uno más que fue apareciendo lentamente, y sin el que sería muy difícil entender «las prisas» del revolucionario; esto es, una aceleración continua de los ritmos que el Che personifica. Me estoy refiriendo a la percepción, cada vez más firme, de una URSS que estaba perdiendo la batalla tecnológica e incubando, a la vez, una profunda crisis estructural en su seno.

Como se ha señalado recientemente, este análisis se correspondía con los propios intereses de la Revolución cubana: cuando se lanzaba la consigna de crear varios Vietnam, se estaba apostando por un frente antimperialista y, a la vez, se defendía la Revolución cubana, al obligar al enemigo a dispersar sus fuerzas.

Las «lecciones» de la Revolución cubana

En uno de sus primeros libros, *La guerra de guerrillas* (el manual al que se refería en la carta citada anteriormente), el Che intenta sacar conclusiones de la rica y —como él dijo tantas veces— heterodoxa experiencia revolucionaria cubana. Tres eran, para él, las aportaciones fundamentales de esta revolución:

- Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
- No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
- En la América Latina subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.⁴

Este escrito —como casi todos los del Che— es polémico. Va dirigido, sobre todo las dos primeras conclusiones, contra la actitud quietista de algunos revolucionarios o seudorrevolucionarios que, según sus propias palabras,

refugian su inactividad en el pretexto de que contra el ejército profesional nada se puede hacer, y algunos otros que se sientan a esperar a que, de una forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias, sin preocuparse de acelerarlas.⁵

La tercera conclusión va dirigida contra los dogmáticos que centran «la lucha de las masas en los movimientos de las ciudades, olvidando totalmente la inmensa participación de la gente del campo en la vida de todos los países subdesarrollados de América».⁶

A pesar de algunos comentarios,⁷ el análisis del Che es bastante mesurado. Quizás el principal problema se suscita en torno a la interpretación del segundo apartado. Donde él dice «no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones» no debe leerse que no hace falta ninguna o que las condiciones existentes sean mínimas. El «foco» insurreccional no crea todas las condiciones, sino que acelera e impulsa las existentes. Por eso, el Che expone que debe haber un mínimo de estas, que haga factible el establecimiento y la consolidación del primer foco. En este, su primer gran escrito, Guevara es tremendamente explícito:

Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir, por no haberse agotado las posibilidades de lucha cívica.⁸

La legitimidad democrática no solo no es subvalorada por el Che, sino expresamente tenida en cuenta a la hora de implementar una estrategia revolucionaria. Su cuidado es bien preciso al hablar de consulta popular «fraudulenta o no». La crisis de dominación que, según él, se abría en América Latina tenía como efecto la tendencia hacia el autoritarismo político y la ruptura de los marcos constitucionales democráticos. No se debe olvidar que una condición fundamental para ese primer foco insurreccional era «demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica».⁹

El carácter polémico de la obra del Che hace que, en función de los distintos adversarios, se destaque un aspecto u otro de esta compleja realidad y que no siempre aparezcan claras las definiciones de la nueva etapa histórica, ni las coyunturas concretas y específicas en las que esta se expresa. Así, corre el riesgo de minimizar los aspectos nacionales y entrar en confusiones entre estrategia revolucionaria y vías (armadas o no) de acceso al poder. Sobre esta cuestión volveremos más adelante.

Los debates sobre la excepcionalidad cubana

No puede extrañar que la Revolución cubana y las posiciones de sus dirigentes significasen un vuelco en el debate político de la izquierda de América Latina. La autoconciencia del grupo dirigente cubano —especialmente el Che— era que con este proceso se

Frente a las tradicionales estrategias de la Tercera Internacional, la Revolución cubana venía a «latinoamericanizar» la idea misma de socialismo y el modo históricamente determinado de alcanzarlo. El acento se ponía en las condiciones específicas, en los rasgos históricos genuinos, en las características socioeconómicas y en la etapa de construcción nacional por las que atravesaban las distintas formaciones sociales, más que en «importar» teorías, conceptos y prácticas descontextualizadas, con pretensiones de universalidad.

inauguraba no solo una vía original de construir una sociedad socialista, sino, de una u otra forma, un cambio fundamental en la estrategia revolucionaria, al menos de América Latina. Conviene tener este aspecto muy en cuenta: frente a las tradicionales estrategias de la Tercera Internacional, la Revolución cubana venía a «latinoamericanizar» la idea misma de socialismo y el modo históricamente determinado de alcanzarlo. El acento se ponía en las condiciones específicas, en los rasgos históricos genuinos, en las características socioeconómicas y en la etapa de construcción nacional por las que atravesaban las distintas formaciones sociales, más que en «importar» teorías, conceptos y prácticas descontextualizadas, con pretensiones de universalidad. En este tema se puede decir, como se ha afirmado en diversas ocasiones, que la Revolución cubana ha sido también un hecho decisivo desde un plano teórico.

La polémica no era otra que la de averiguar qué de específicamente cubano tuvo esta revolución y cuáles serían sus rasgos generalizables en el marco de los conflictos sociales y políticos de América Latina. Guevara —que ya había extraído algunas lecciones de la Revolución— entraría rápidamente en la polémica con un ensayo titulado, precisamente, «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?», al que continuaron en los años siguientes diversas intervenciones que terminarían, al menos públicamente, con su conocido «Mensaje a la Tricontinental».

Con la honestidad intelectual que lo caracterizaba, el Che fue derecho al asunto e intentó mostrar aquellos aspectos que aparecían como específicos, excepcionales de la experiencia cubana, y aquellos que eran generalizables para una gran parte de América Latina. Su temor estribaba en que se intentara ignorar los aspectos relevantes, las «lecciones» de la Revolución cubana para América Latina, y se subrayara excesivamente el carácter excepcional de sus rasgos básicos.

Aunque pueda parecer hoy día algo excesivo, para Guevara la primera excepcionalidad se encontraba en su máximo dirigente, Fidel Castro. Su grandeza moral, su capacidad de dirección y de liderazgo en la sociedad cubana, eran y son elementos que el Che consideraba difícilmente trasladables a otras realidades. La segunda excepción tenía que ver con la incapacidad norteamericana para conocer el verdadero alcance de la Revolución. Como él dijo: «Antes del triunfo, sospechaban de nosotros pero no nos temían; más bien apostaban a dos barajas, con la experiencia que tienen para este juego donde habitualmente nunca se pierde».¹⁰ Una tercera excepción, extremando las cosas, era que en Cuba el campesinado se había ido proletarizando por las exigencias del cultivo capitalista y que la lucha social había incrementado su capacidad organizativa y su conciencia.

Hay un aspecto expresamente considerado por Guevara como no excepcional: el apoyo que una parte importante de la burguesía cubana mostró hacia la lucha guerrillera contra la tiranía de Batista. Como ocurre otras veces en la obra del revolucionario argentino-cubano, esta afirmación aparecerá matizada en páginas posteriores del propio ensayo, así como en escritos ulteriores. La razón fue la experiencia que supuso la Revolución cubana y la nueva etapa histórica que ella abría: la llamada burguesía nacional, situada ante el dilema de sus contradicciones con el imperio y el ascenso del movimiento popular que impugnaba su dominio clasista, terminó (unas veces más abiertamente y otras menos) por restablecer un pacto oligárquico en torno a la estrategia diseñada por el gobierno de los Estados Unidos.

Establecidos los aspectos específicos de la Revolución cubana, el Che intenta precisar aquellos elementos generalizables de su experiencia, que la habían situado en la vanguardia por la liberación del continente. El núcleo del razonamiento se centraba en el subdesarrollo latinoamericano, caracterizado por una

industrialización débil y dependiente, complementaria del centro capitalista, distorsionada y desarticulada internamente, monoprodutora, monoexportadora y vinculada a un consumidor único. El latifundio y la existencia de una mayoritaria masa campesina representaban la otra cara de esta realidad, que tenía su máxima expresión en una alianza de clases entre la oligarquía terrateniente y el imperialismo norteamericano. Un elemento decisivo fue que, después de la experiencia cubana, el imperialismo tomó conciencia del desafío al que estaba, e iba a seguir estando sometido, y ya no se le podría sorprender con tanta facilidad como en la isla caribeña. El carácter de la lucha explica, como antes se dijo, que la burguesía fuese alineándose, cada vez más, del lado del imperialismo.

El Che define la situación con mucha precisión:

Un imperialismo desesperado e histérico, decidido a emprender toda clase de maniobras y a dar armas y hasta tropas a sus títeres para aniquilar a cualquier pueblo que se levante; un latifundismo feroz, inescrupuloso y experimentado en las formas más brutales de represión; y una gran burguesía dispuesta a cerrar, por cualquier medio, los caminos de la revolución popular, son las grandes fuerzas aliadas que se oponen directamente a las nuevas revoluciones populares de América Latina.¹¹

Guevara termina su razonamiento, dadas estas condiciones, pronosticando, sin desechar otras posibilidades, que la vía armada sería la forma predominante de encauzamiento del conflicto de clase en esta etapa histórica.

Para el Che —esto sería una constante en sus escritos posteriores— la Revolución cubana aporta a la izquierda latinoamericana dos elementos subjetivos fundamentales que serían decisivos en esta nueva fase: el primero es la posibilidad misma del triunfo, el demostrar que es posible, que se puede vencer al ejército regular y conquistar el poder político; el segundo, la necesidad del cambio, es decir, la incapacidad del propio sistema para garantizar niveles de vida dignos, su necesidad de condenar a la sobrexplotación y a la miseria a las mayorías sociales que ponen en crisis el modelo de dominación prevaleciente.

Estrategia revolucionaria y formas de lucha

Anteriormente hemos hecho referencia a las relaciones existentes entre la etapa histórica («actualidad de la revolución») y las coyunturas que concretan y articulan en cada marco nacional los movimientos políticos, sociales y culturales de fondo, así como los peligros de una configuración excesivamente mecánica que relacione la estrategia revolucionaria con una forma concreta de lucha. Definir una etapa histórica como

revolucionaria no significa, necesariamente, que se produzcan estos procesos simultáneamente y con la misma intensidad en todos y cada uno de los países, aunque todos se vean afectados: eso dependerá de la correlación de fuerzas en cada uno de ellos. Tampoco cabe pensar que las formas de lucha y la estrategia revolucionaria tengan que ser, obligatoriamente, comunes e idénticas. Cuando el Che enumera lo que él llama aspectos excepcionales de la Revolución cubana, expone cosas muy importantes que no pueden tomarse a la ligera y que ya no se darán en otras revoluciones de América Latina.

Primero, la actitud del imperialismo norteamericano. Después de la Revolución cubana, la administración imperial se va a convertir en sujeto político y militar en el conjunto de América, haciendo de la contrainsurgencia un elemento clave de la llamada doctrina de seguridad nacional —vigente en todos y cada uno de los Estados—, que profundizó la interrelación militar y policial entre los Estados Unidos y las clases dominantes latinoamericanas. En segundo lugar, la actitud de las burguesías nacionales cambió radicalmente. En Cuba, una parte estuvo con los revolucionarios y otra se fue del país cuando estos triunfaron. En el resto del continente esto no fue así; pasaron a una nueva etapa de alianza, prácticamente sin fisuras, en torno a las prioridades marcadas por el gobierno norteamericano.

Es cierto que el proceso de reestructuración del dominio político, tanto por vía económica como militar y cultural, significó un obstáculo extremadamente importante para los revolucionarios de América Latina, en condiciones donde la necesidad y la posibilidad revolucionarias aparecían, para una parte significativa de las poblaciones, como un estímulo subjetivo de gran magnitud, hasta el punto de definir una nueva etapa histórica. El asunto resulta menos claro, como antes se indicó, a la hora de definir cómo afectan estos elementos y cuán eficaces son, según sea la correlación de fuerzas existente en cada marco nacional. El problema se oscurece aún más si se relaciona demasiado mecánicamente con formas determinadas de lucha.

Podríamos afirmar que, para el Che, la estrategia revolucionaria para esta etapa se fue concretando en la necesidad de la lucha armada como el método más previsible y adecuado. La argumentación —aquí sintetizamos varios trabajos¹²— se puede resumir del modo siguiente: a) el carácter continental de la lucha y el protagonismo militar de los Estados Unidos; b) el agravamiento de las condiciones de vida de las mayorías sociales campesinas; c) el autoritarismo político derivado de la crisis del modelo y la ruptura con el orden legal vigente. Guevara concluye que la lucha armada, en estas condiciones, era inevitable y que de lo que se trataba

era de construir una fuerza material alternativa al aparato político-militar de los Estados. Con respecto a esta cuestión, hay que entender que cuando el Che habla de «vía pacífica» lo hace en un sentido muy preciso: «Tránsito pacífico no es logro de un poder formal en elecciones o mediante movimientos de opinión pública sin combate directo, sino la instauración del poder socialista, con todos sus atributos, sin el uso de la lucha armada».¹³ Es decir, sería posible una estrategia político-institucional de masas capaz de combinar el trabajo en las instituciones y las luchas sociales, pero sabiendo —en esto el Che no tenía demasiadas dudas— que la ruptura con el aparato y las instituciones del Estado burgués requeriría de un momento militar. Sin eludir el problema real del poder, que es el de toda revolución, se podía pensar, para distintos países de América Latina, una estrategia revolucionaria que no comenzara o no se articulara con la creación de un foco insurreccional, de origen y composición campesina, que se enfrentara al aparato militar del Estado.

Este aspecto no queda del todo claro en la obra del Che. Sus observaciones críticas sobre las vías de masa en torno a la lucha político-institucional no siempre son coherentes con sus propios postulados; es decir, con su idea básica de que para construir un foco revolucionario era necesario el agotamiento de la vía civil, que los trabajadores y las trabajadoras entendieran que no quedaba más camino que la vía armada. Como he escrito en otra ocasión,¹⁴ la tensión entre los aspectos objetivos y los subjetivos del proceso revolucionario, tan central en el pensamiento del Che, siempre acaba rompiéndose por el lado subjetivo, por el factor voluntad. Todo apuntaría a que los procesos sociales necesitan de una masa con «voluntad crítica» que, si no se alcanza, termina por arruinarlos. Creo que existe una razón poderosa para esta dramática tensión en la que se desarrollaba la acción y el pensamiento del Che Guevara: «las prisas» estaban motivadas —creo que es una hipótesis argumentable— porque solo había un tiempo determinado para hacer las cosas. Ese tiempo no era biológico, sino de la coyuntura histórica. A esta cuestión dedicaré el último apartado.

De Argel a la Tricontinental: la necesidad de una nueva estrategia internacional de la izquierda revolucionaria

El aspecto que vamos a tratar puede ser uno de los más controvertidos del Che, aunque también de la política seguida por la dirección revolucionaria cubana. Las acusaciones que, veladamente, se hacían contra el Che sobre su supuesto maoísmo o las que lo tachaban de trostkista por su concepción del socialismo,¹⁵ expresaban

la profunda incomodidad que ante él sentían todos «los ortodoxos» que —paradojas del destino— habían encontrado en él un aliado infatigable desde los primeros tiempos de la lucha guerrillera. El Che no era trostkista ni maoísta; simplemente tenía cabeza y la usaba, señalando contradicciones objetivas que había que discutir, razonar, resolver, y no descalificarlas sin más.

El problema —y esto conviene subrayarlo hoy— no provenía del Che o no únicamente de él, sino que era proyectado por el conjunto de la dirección revolucionaria del país y tenía que ver con la estrategia internacional de las fuerzas socialistas. Las distintas intervenciones públicas del Che y las conversaciones que hoy conocemos con dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS),¹⁶ ponen de manifiesto una muy seria preocupación por la actitud de los países socialistas y de algunos partidos comunistas latinoamericanos respecto a la alianza con los movimientos de liberación nacional y las fuerzas revolucionarias.

Las diferencias eran, en primer lugar, de apreciación y análisis de la realidad. Para el Che, la etapa que se abría se caracterizaba por un declive relativo de los Estados Unidos y un ascenso (en Asia, África y América Latina) de los movimientos de liberación nacional de orientación socialista. Esta coyuntura histórica tenía que ser aprovechada. La dirección cubana —y el Che como parte de ella— estaba dispuesta, en función del aprovechamiento de esta coyuntura favorable, a llegar hasta las últimas consecuencias. En palabras del Che,

Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a las sociedades nuevas y que, cuando se hace, sin consultarlo, un pacto por el cual se retiran los cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da las gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única, su posición combatiente propia y única, y más lejos de su decisión de lucha, aún cuando fuera solo, contra todos los peligros y contra la mismísima amenaza del imperialismo yanqui.¹⁷

Esta Revolución no jugaba con balas de fogueo. Por eso, dicha dirección, ante la actitud de los soviéticos en lo que se conoce como «crisis de los misiles», rechazó tanto el no haber sido consultada como el que se aceptasen las posiciones norteamericanas en un tema tan decisivo como el derecho de los cubanos a disponer de armas nucleares para su defensa, en momentos en que la soberanía de la Isla estaba en peligro.

Es lógico que estas diferencias de apreciación tuviesen consecuencias a la hora de diseñar la estrategia internacional y que se centrasen en el concepto mismo de coexistencia pacífica. Como se puso de manifiesto en la «crisis de los misiles», la dirigencia cubana tenía una interpretación muy diferente en este tema respecto a los soviéticos. El conflicto, la lucha entre el socialismo

y el capitalismo, tenía que colocarse al margen del enfrentamiento nuclear. Esta postura, que en el plano teórico era razonable, chocaba con grandes cuestiones prácticas y con innumerables problemas, también en el plano teórico. El Che se oponía radicalmente a un concepto de coexistencia pacífica entendido como acuerdo entre las grandes potencias, lo que dejaba al resto del mundo al arbitrio de las intervenciones político-militares de los Estados Unidos. Corea, el Congo, Viet Nam, los dilemas de Cuba, eran jalones de esa coexistencia «por arriba», con conflictos y opresión imperialista «por abajo».

El Che podía entender que se hiciesen todos los esfuerzos posibles por evitar una contienda nuclear, pero esto tenía que ser compatible con un frente antimperialista mundial capaz de ir cercandando económica, política y militarmente a los Estados Unidos. Para él, lo fundamental era partir de la idea de que el imperialismo constituía un mecanismo único a escala mundial. En sus propias palabras:

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos sumiéndonos en una dependencia absoluta.¹⁸

El famoso «Discurso de Argel» hay que situarlo en este contexto. En este se defiende la unidad de todas las fuerzas revolucionarias contra el enemigo común, subordinando a esa unidad los intereses de los Estados y los acuerdos entre las grandes potencias. Las críticas a las políticas comerciales de los Estados socialistas con los países subdesarrollados (que no eran nuevas en el Che),¹⁹ su oposición rotunda a que se vendiesen armas a los pueblos que estaban luchando por su liberación (el Che pensaba que había que regalarlas), tenían que ver con esta actitud de pasar a la ofensiva en un momento propicio. No se debe olvidar tampoco que él consideraba profundamente perjudicial la ruptura chino-soviética, convencido de que solo podía beneficiar a los Estados Unidos.

Para Guevara, una razón adicional para acelerar los ritmos emanaba de la evidencia de que la URSS estaba perdiendo la batalla tecnológica frente al imperialismo norteamericano, y que en las sociedades socialistas estaban madurando contradicciones que podían poner en crisis el propio sistema. De este aspecto, el Che va tomando nota por las frecuentes relaciones que mantiene con los países socialistas y estalla,

dramáticamente, cuando observa el tipo de materiales que llegaban a la Isla provenientes de ellos. Se suele olvidar que cuando el Che define lo que luego se llamó Sistema Presupuestario de Financiamiento, lo hacía teniendo en cuenta la realidad de un país subdesarrollado como Cuba, que en determinadas ramas y sectores productivos poseía una tecnología y una organización del trabajo superior a la que llegaba del campo socialista.

Otro aspecto relevante tenía que ver con la conciencia, cada vez más crítica, del Che ante el modelo soviético. El conocido debate sobre la ley del valor y las posiciones que defendió, eran el inicio y no el final de una posición política crecientemente atemorizada ante el futuro socialista de esos países. Esto se ve con claridad en el prólogo que escribió para un futuro manual de economía, donde podemos leer lo siguiente:

Se sabe desde viejo que es el ser social el que determina la conciencia y se conoce el papel de la superestructura; ahora asistimos a un fenómeno interesante, que no pretendemos haber descubierto, pero sobre cuya importancia tratamos de profundizar: la interrelación de la estructura y de la superestructura. Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la NEP [Nueva Política Económica] han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura; se está regresando al capitalismo.²⁰

Como sabía que esto podía tener efectos desalentadores para mucha gente, se dirigió a estos del modo siguiente:

A los que nos miren con desconfianza basados en la estimación y lealtad que experimentan respecto a los países socialistas, les hacemos una sola advertencia: la afirmación de Marx, apuntada en las primeras páginas de *El Capital*, sobre la incapacidad de la ciencia burguesa a criticarse a sí misma, utilizando en su lugar la apologética, puede aplicarse hoy, desgraciadamente, a la ciencia económica marxista. Este libro constituye un intento de retornar a la buena senda e, independientemente de su valor científico, nos cabe el orgullo de haberlo intentado desde este pequeño país en desarrollo.²¹

Por esto era urgente incluir a estos países en una ofensiva contra el imperialismo; y forzar, de distintas formas, una actitud más agresiva contra este, lo que en parte fue conseguido, aunque sin los resultados previstos.

Ni que decir tiene que este análisis se correspondía con las necesidades de la Revolución cubana. A estas alturas, podría parecer que había una cierta actitud oportunista por parte del equipo dirigente cubano. No estoy de acuerdo: lo que realmente había era una convergencia objetiva de necesidades. Para el tipo de socialismo que el Che quería construir, era necesaria una revolución que avanzara en diversos países de

América Latina y que en todo el planeta se fuesen desprendiendo más y más Estados de la explotación imperialista. Ese era su objetivo central en Asia, en África y en América; no desaprovechar ninguna oportunidad, sacar partido, en definitiva, de una correlación de fuerzas, en ese momento, favorables.

En esta cuestión se ve muy bien el carácter globalizador que tenía el pensamiento del Che. Había siempre una relación estrecha entre la concepción del socialismo, la estrategia revolucionaria y la práctica política. En Argel, el Che lo expresó con claridad:

No puede existir el socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial, con relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista.²²

Por todo lo dicho anteriormente, parece evidente que en el Che sobresale, junto a su temple y vigor moral, una capacidad teórica relevante. En él se daba una combinación entre disposición práctica y acción teórica, estructuradora de un estilo personal típico de los grandes revolucionarios, que lo hace también un clásico de nuestro movimiento. Cuando estudiamos su obra en relación con la Revolución cubana, se demuestra este vigor: medirse con él, en los aciertos y en los errores, es aprender siempre. ¿Acaso no es esta la función de un clásico revolucionario?

Madrid, mayo de 1999.

Notas

1. Jorge G. Castañeda, *La vida en rojo*, Alfaguara-Santillana SA, Madrid, 1997; Paco Ignacio Taibo, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Editorial Planeta, Barcelona, 1996; John Lee Anderson, *Che Guevara, una vida revolucionaria*, EMECE, Barcelona, 1997; Pierre Calfon, *Ernesto Guevara*, Plaza y Janés, Madrid, 1997.

2. Ernesto Guevara, *Obras 1959-1967*, Casa de las Américas, t. II, 1970, p. 677.

3. *Ibidem*.

4. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. I, p. 31.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*, p. 32.

7. En estas cuestiones, Jorge G. Castañeda demuestra palmariamente que no supo «deer» al Che y que no fue capaz de salir de sus propios prejuicios.

8. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. I, p. 32.

9. *Ibidem*.

10. *Ibidem*, t. II, p. 679. Algo parecido le escribió a Ernesto Sábato: «los norteamericanos, que son los grandes constructores de tests y de raseros para medirlo todo, aplicaron uno de sus raseros, sacaron su puntuación y lo encasillaron [...] nunca les pasó por la cabeza que lo que Fidel Castro y nuestro movimiento dijeran tan ingenua y drásticamente fuera la verdad de lo que íbamos a hacer».

11. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II, p. 413.

12. «La influencia de la Revolución cubana en América Latina», «Táctica y estratégica de la revolución latinoamericana», «Discurso de Ginebra», «Discurso en Argel», «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental»; todos ellos en Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II.

13. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II, p. 497.

14. Manuel Monereo, «Domar el destino: la transición socialista en el pensamiento y la acción del Che Guevara», *Papeles de la FIM*, n. 10, Madrid, primer semestre de 1998.

15. El libro de Jorge Castañeda, la más «ideológica» de las biografías aparecidas sobre el Che en los últimos años, tiene un elemento que la hace útil: la transcripción de conversaciones del Che, fundamentalmente con los soviéticos, así como opiniones de estos sobre él.

16. Las citadas anteriormente en el libro de Jorge Castañeda.

17. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II, p. 500.

18. *Ibidem*, p. 594.

19. Véase «Intervención en la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo», ONU-Ginebra, 25 de marzo de 1964, Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II, p. 528.

20. Escrito inédito de Guevara, citado por Carlos Tablada en «El marxismo del Che», *Utopías-Nuestra Bandera*, n. 173, v. 3, 1997, p. 135.

21. *Ibidem*, p. 136.

22. Ernesto Guevara, *ob. cit.*, t. II, p. 574.

© TEMAS, 1999.